

ASOCIACIÓN DE AMIGOS DE LA HISTORIA Y LA ARQUEOLOGÍA

PANTA REI  
REVISTA DE CIENCIA  
Y  
DIDÁCTICA DE LA HISTORIA  
II

MURCIA 1996

## ÍNDICE

<b>PRÓLOGO</b> .....	5
<b>ARTÍCULOS</b>	
La pervivencia del asentamiento humano en la zona de Jumilla Por <i>M<sup>a</sup> Isabel Urueña Gómez</i> y <i>M<sup>a</sup> Luisa Precioso Arévalo</i> .....	9
Los nombres de Deméter Por <i>M. E. Nicolás Pérez</i> .....	21
La <i>GENS RVBELLIA</i> . A propósito de una inscripción «perdida» del Coto Fortuna (Mazarrón, Murcia) Por <i>Rafael González Fernández</i> .....	25
Representación histórica del Nacimiento de Jesús. Origen, tradición y realidad Por <i>R. M. Gil Reina</i> .....	35
La milicia general, la monarquía, la guerra y el individuo Por <i>J. J. Ruiz Ibáñez</i> .....	43
El ritual funerario como expresión de condición religiosa y socioeconómica entre los siglos XVI–XVIII: Por <i>B. Mas Belén</i> .....	49
La Calamidad. La epidemia de cólera de 1854 en Murcia Por <i>M. A. Hidalgo García</i> .....	61
El estado corporativo: Italia, una sociedad en crisis Por <i>J. Visedo Muñoz</i> .....	67
Moral, Moralina y cine Por <i>Daniel Narváez Torregrosa</i> .....	73
<b>MAESTROS DE LA HISTORIA</b>	
A. J. Toynbee y su teoría sobre la historia universal Por <i>José Antonio Molina Gómez</i> .....	87
<b>ENTREVISTA A DON J. M. BLÁZQUEZ MARTÍNEZ</b> Por <i>José Antonio Molina Gómez</i> .....	93

## TESTIMONIOS

La figura de Isaiah Berlin .....	101
----------------------------------	-----

## LA BIBLIOTECA DEL HISTORIADOR

La biblioteca del medievalista .....	105
--------------------------------------	-----

## DIDÁCTICA

El alumnado y los nuevos planes de estudio en la Universidad de Murcia .....	109
--	-----

Cómo enseñar historia a finales del siglo XIX en España. El epistolario de I. Ramón Miró Por José Antonio Molina Gómez .....	111
---	-----

Material didáctico para la Historia en la Bullas del siglo XIX Por Jorge A. Eiroa Rodríguez .....	115
--	-----

## BIBLIOGRAFÍA PARA LA HISTORIA DE MURCIA

Bibliografía sobre la Prehistoria Reciente de la Región de Murcia (hasta 1995) Por J. Lomba Maurandi .....	121
---	-----

NOTICIARIO .....	137
------------------	-----

RECENSIONES .....	145
-------------------	-----

## LA CALAMIDAD. LA EPIDEMIA DE CÓLERA DE 1854 EN MURCIA

MIGUEL ÁNGEL HIDALGO GARCÍA

Cuando en la actualidad nos asaltan continuamente desde los medios de comunicación los casos de corrupción de nuestros políticos, resulta realmente reconfortante encontrar entre las agitados aguas de la historia contemporánea española, y quizás nunca lo fueron tanto como en el siglo XIX, un caso excepcional entre la clase política de la centuria, de entera dedicación filantrópica hacia sus conciudadanos y electores, por encima de todo interés personal y partidista, por otra parte y por desgracia, lo común en la época. Su nombre, José Monassot, alcalde constitucional de la capital murciana entre 1842-43, durante la regencia del general Espartero, y de nuevo en el Bienio progresista, de julio de 1854 a julio de 1856, dos periodos especialmente conflictivos de una mitad del siglo XIX realmente «movidá» y que se verá agravada, como veremos, durante el Bienio por la epidemia de cólera, *morbo asiático*, *la peste azul* o *la Calamidad*, detectada en toda la península por estas fechas y nuestra verdadera protagonista.

La primera mitad del siglo XIX representa el periodo de transición del Antiguo Régimen a la edad contemporánea, del feudalismo al capitalismo, en política, de regidores hereditarios a notables electos, y tras estos, sus herederos los caciques de la Restauración, aspectos todos estos estudiados para el caso de Murcia por M. Teresa Pérez Picazo en diferentes trabajos por todos conocidos<sup>1</sup>. En el terreno político la Revolución liberal trae consigo la consumación del proyecto oligárquico de continuidad en los órganos de poder político, también económico y por tanto social, en este momento de Transición, con la permuta de la propiedad feudal en propiedad plena burguesa. Como señala M<sup>a</sup> Teresa Pérez Picazo, hacia 1850 existía en todos los municipios un grupo reducido de individuos que dirigía las secciones locales de los partidos; organizaba las contiendas electorales; manejaba los ayuntamientos —bien figurando en ellos personalmente, bien delegando en un familiar o cliente— y, en no pocas ocasiones, representaba a su circunscripción en las asambleas nacionales. Son los notables, intermediarios entre el Estado y la comunidad local, aunque quien más se beneficia de esa función es su propia clientela. Según la autora, la originalidad de Murcia radica en que el 90 por 100 de los miembros de este grupo son descendentes de la antigua oligarquía de regidores<sup>2</sup>. El 10 por 100 restante está formado sobre todo por comerciantes acomodados, enriquecidos, ellos o sus progenitores, a finales del siglo XVIII y principios del XIX y que

1 PÉREZ PICAZO, M<sup>a</sup> TERESA: «Oligarquías municipales y liberalismo en Murcia 1750-1845», *Áreas* VI, 1989, pp. 51-74. *Id.*: «De regidor a cacique: las oligarquías municipales murcianas en el siglo XIX», en PERGERTO SAAVEDRA y RAMÓN VILLARES (ed.): *Señores y campesinos en la Península Ibérica, siglos XVIII-XIX*. Barcelona, 1991, Crítica. PÉREZ PICAZO, M<sup>a</sup> TERESA: *Oligarquía y campesinado en Murcia 1872-81*. Murcia, 1986.

2 PÉREZ PICAZO: «De regidor a cacique...», *op. cit.*, pp. 35-36.

van a invertir los capitales acumulados entonces, y aumentados por ejemplo durante el Trienio Liberal como absentistas de un Estado siempre exhausto y ávido de dinero en metálico con que mantener su propia existencia y un ejército siempre ocupado, tanto en luchas como conspiraciones, en comprar las tierras puestas en venta como consecuencia de la desamortización eclesiástica, desde las primeras subastas durante el mismo Trienio y luego el gran momento de la desamortización de Mendizábal desde 1836. Son estos comerciantes, recién llegados a la élite oligárquica murciana los realmente interesantes de estudiar a nuestro entender, en cuanto que son protagonistas de un proceso de movilidad social ascendente, y no son realmente frecuentes en la historia moderna europea, pero es en este momento de Transición cuando es posible insertar una cuña en un inmóvil estamento superior, pero una cuña, esta nueva élite de los negocios y el comercio, que crece ante el rechazo de la vieja oligarquía, hasta que sus intereses sean los mismos y lleguen a fundirse ya en una siguiente generación, la que dirigirá el sistema de la Restauración.

Monassot es un ejemplo paradigmático, «de enciclopedia», del comerciante acaudalado que utiliza sus compras de bienes desamortizados para asentar sus aspiraciones políticas sobre un prestigio que en esos tiempos sólo concedía la posesión de la tierra, cuanta más mejor<sup>3</sup>. Como sabemos, además, en el siglo XIX, el ejército irrumpe, con permiso o sin él, pero con arrolladora fuerza, en la vida política española, y así a nuestro hombre no le faltaron tampoco los honores militares con su correspondiente grado de gloria: capitán de la Segunda Compañía del Primer Batallón de la Milicia Nacional de Murcia, Benemérito de la Patria, condecorado con la Cruz de Isabel la Católica, y la Cruz de Patriotismo y Lealtad, concedida a la Milicia Nacional en 1823 y la del Sitio de Cartagena de 1840. Era además un ardiente liberal y progresista, partidario a ultranza del general Espartero, lo que acabó siendo su perdición política<sup>4</sup>.

### Llega la Calamidad

Monassot accede por segunda vez a la alcaldía murciana gracias a la revolución de 1854, realmente de manera errónea denominada así, pues al menos en el caso murciano no ocurrió nada que pudiera calificarse con ese término. Ante los acontecimientos ocurridos en las jornadas de julio en Madrid, se produce un relevo totalmente pacífico y consentido del consistorio moderado por el nuevo progresista presidido por Monassot, todo queda en un acuerdo entre políticos dentro de las paredes del ayuntamiento, y poco más que contar sobre la supuesta revolución de julio<sup>5</sup>. Desde el primer momento Monassot se plantea continuar las líneas de actuación simplemente esbozadas durante su primer mandato en 1842, destacando ya entonces su atención a la situación de los más necesitados al abrir una suscripción voluntaria para socorrer a los infelices jornaleros del campo que infestaban las calles de la ciudad por la sequía y la esterilidad de los campos dándoles ocupación y jornal en la composición de caminos. Fue, por ejemplo, iniciativa suya entonces la construcción del actual teatro de Romea en lugar que ocupaba el huerto de naranjas del convento de Santo Domingo en la plaza de Espartero.

Su principal enemigo, contra el que luchó para culminar con éxito su proyecto progresista no sería un adversario político, sino el cólera. Monassot tomó posesión de su cargo el 21 de julio de 1854 y parecía esperarse algunos aires de cambio, aunque realmente no demasiados, con respecto a la administración moderada, en el poder desde 1834 y cuyas corruptelas políticas habían sido tan duramente criticadas desde «*El amigo de los labradores y del pueblo*», periódico editado por el

3 VILLABONA, M. JOSÉ: *La desamortización eclesiástica en Murcia*. Murcia, 1992.

4 CANO BENAVENTE, JOSÉ: *Alcaldes de Murcia 1820-1855*. Murcia, 1977. Pp. 151-152.

propio Monassot<sup>6</sup>. La epidemia que afecta al Bienio comenzó en noviembre de 1853 en Galicia y como afirma Azagra Ros: «Al ser el invierno época poco propicia para el desarrollo de la enfermedad, no se le prestó la atención debida (...) Naturalmente serían los veranos los momentos álgidos de la enfermedad»<sup>7</sup> y así pareció entenderlo el propio Monassot cuando ya en fecha tan inmediata a su toma de posesión, como es el 9 de agosto, emite un bando de Salud Pública con una serie de disposiciones de buena Higiene y Salubridad «siendo en la presente estación de reconocida conveniencia se cumplan para alejar todo motivo que pueda de cualquier modo afectar a la salud pública»<sup>8</sup>. Así en el 17º punto se adoptan una serie de prohibiciones para una serie de práctica, que si se prohíben imaginamos que es porque se realizaban con asiduidad, lo cual nos puede dar una idea del grado de salubridad, un auténtico «estercolero», que debía ser una ciudad del siglo XIX, en este caso Murcia, carente de toda planificación urbanística: se prohíbe «poner ni depositar en las calles, plazas, ni parajes públicos, la basura que proceda del uso, aseo y servicio interior de las casas, ni arrojar por las puertas, ventanas, balcones, ni caños altos de las mismas, aguas sucias, ni limpias, tampoco se podrán sacudir pieles, esteras u otros objetos o muebles desde las 8 de la mañana a las 9 de la noche en el invierno y desde las 7 a las 10 en el verano». Se hace un llamamiento a los murcianos para que tengan casas y calles limpias y destacan varios de los puntos destinados a evitar convertir al Segura en la verdadera alcantarilla de la ciudad: se prohíbe arrojar aguas a su cauce «líquido ni materia alguna que pueda alterar sus condiciones de salubridad», se prohíbe bañar bestias. La incidencia de la epidemia sería mayor en aquellos casos que no observaran estas medidas básicas de profilaxis colectiva.

A Valencia llegó la epidemia desde Alicante. Como señala Azagra Ros, la prensa se esforzaba a mediados de agosto por desmentirla, pero el bacilo ya había asentado sus reales en la provincia. Los primeros casos de cólera aceptados públicamente como tales, se dan en la semana del 18 al 25 de agosto, diez personas mueren en esos días<sup>9</sup>. El 23 de agosto Monassot adopta las primeras medidas preventivas, el pleno municipal, en sesión extraordinaria, acuerda se gire un reparto de 250.000 reales para el cólera, con especial llamamiento a los mayores contribuyentes «para el caso de que esta ciudad fuese invadida de dicha enfermedad, acordó por unanimidad (este ayuntamiento), después de una detenida discusión, que sobre las bases de las Contribuciones Territorial e Industrial y con exclusión de los contribuyentes cuyas cuotas no alcancen a la de 100 reales se gire un repartimiento extraordinario por la cantidad de 250.000 reales (...) que la expresada suma semanalmente y conforme se vaya recaudando sea puesta en depósito en el Banco Nacional de S. Fernando para su inversión única y exclusivamente en el socorro de enfermos pobres en el caso de que esta ciudad fuese invadida por el cólera-morbo, sin que pueda distraerse ni echarse mano de ella para cubrir otra obligación por sagrada que sea»<sup>10</sup>. «En el caso de que...» es una coletilla que veremos otras veces repetida, reflejo de una esperanza, quizás no muy real, de que la ciudad aún pueda librarse de la desgracia que domina ya las provincias vecinas, y sobre todo vemos lo que será otra constante, la preocupación de Monassot por los más desfavorecidos, los que nada tienen, y las principales víctimas de la epidemia. Alguien, al menos, vela por ellos.

5 A.M.M.A.C. 19, 20 y 21 de julio de 1854.

6 Vid. los números de «El amigo de los labradores y del pueblo» del 4 de enero de 1840 y un artículo titulado «la conjura fallida» o del 1 de febrero del mismo año y un artículo titulado «Amaños políticos».

7 AZAGRA ROS, JOAQUÍN: *El bienio progresista en Valencia*. Valencia, 1978.

8 A.M.M. leg. 1566. *Bandos de José Monassot*, 9 de agosto 1854.

9 AZAGRA ROS, *op. cit.*, p. 75.

10 A.M.M.A.C. sesión extraordinaria, 23 de agosto 1854.

Se adoptan medidas para que la ciudad cuente con un número fijo de facultativos que se dediquen a la asistencia de los enfermos que se reunían en los hospitales, que habían de establecerse, y a la de los pobres que residan en las parroquias; y se considera necesario estimularles por el extraordinario servicio que han de prestar con compromiso de su existencia, con 50 reales diarios<sup>11</sup>. Como escribe García Abellán, las elecciones a Cortes, que iban a comenzar en el mes de octubre, no preocupaban tanto como los «cólicos sospechosos» que en eufemismo gubernativo se deba a los casos de cólera comprobados en algunos pueblos de la provincia de Murcia. Las gentes abandonaban aquellas localidades donde el «cólico sospechoso» se hace sentir, y, mientras que los pequeños burgueses, los terratenientes y los poderosos enganchan su galeras para llevar a las familias a las casas de campo, los desheredados huyen en caravana de los pueblos hacia lugares aún no afectados por la epidemia donde no dejan entrar al forastero; el caos se apodera de la provincia «porque la epidemia arrastra consigo el paro; y con el paro el hambre; y con el hambre la exasperación»<sup>12</sup>. Entre la visión apocalíptica de la Murcia del momento, con los que pueden huyendo y los que no, conviviendo con la muerte, su obispo Barrio clamaba con tono condenatorio: «El dedo de Dios está sobre nosotros, la espada vengadora de la Justicia Divina se deja ver, castigando la multitud de nuestros pecados: los hombres y los pueblos han provocado insensatos la ira de todo un Dios, y Dios irritado castiga. El azote del malificado cólera es una de las copas calificadas que contiene la cólera del cielo (...). Nosotros debemos responder con la más sincera penitencia, con el arrepentimiento verdadero de nuestras culpas. Esta es amados Hijos, la verdad que debemos inculcaros, porque si el cólera morbo es todavía un enigma que no ha descifrado la ciencia orgullosa de los hombres, la ciencia de la Religión la descifra sencillamente, no viendo así en él sino el instrumento aterrador de las iras del Señor»<sup>13</sup>. Dura condena sin duda en estos momentos de desesperación de su obispo al arrepentimiento de los murcianos, que no entenderían muy bien qué pecados imperdonables habían cometido para merecer tal castigo divino. La actitud condenatoria de la jerarquía eclesiástica no coincidió con la valiente y decidida cooperación que el ayuntamiento, y los murcianos en general, recibieron de los curas párrocos en su labor de asistencia a los enfermos, pues ni desertaron ni escurrieron el bulto como otros<sup>14</sup>.

En algo tenía razón el obispo Mariano Barrio, «la ciencia orgullosa de los hombres» era incapaz de saber a qué se enfrentaba realmente y mucho menos como combatirlo, dando lugar a un sinnúmero de recetas y remedios milagrosos que se ofrecían como infalibles. Creemos de enorme importancia analizar la trascendencia de estos remedios propuestos: es un intento de aproximarnos a la mentalidad de los contemporáneos, intentar entender que si actuaban como lo hacían y se abrazaban a esas pócimas insufribles como un náufrago se agarraría a una tabla, era por su absoluto desconocimiento de la enfermedad, qué era, cómo actuaba y sobre todo cómo combatirla. Una de estas recetas fue publicada en un bando el 30 de octubre de 1854 por la Junta Municipal de Sanidad de Murcia, y por su presidente Monassot, propuesto por el profesor de farmacia don Rafael Esteller, de Valencia y consistente en administrar al colérico una mixtura consistente en dos dracmas de magnesia pura, con seis gotas de esencia de anís, y medio vaso de agua, si detiene esta «el cólera quedara cortado al cuarto de hora. Tal poción deberá completarse con 'pócima angélica', tazas de agua y manzanilla bien caliente, y por alimento buen caldo seguido de una cucharada de vino rancio»<sup>15</sup>. Uno puede preguntarse qué preferiría el enfermo, si el cólera o la pócima. Todo

11 A.M.M.A.C. 29 de agosto 1854.

12 GARCÍA ABELLÁN: *Genio y figura de Antonete Gálvez*. Murcia, 1976, p. 48.

13 BARRIO MARIANO: *Cartas pastorales*. Murcia, 1854.

14 GARCÍA ABELLÁN: *Genio y...*, op. cit., p. 49.

15 A.M.M. leg. 1566. *Bandos de José Monassot*, 30 de octubre de 1854.

esto nos puede provocar una sonrisa para inmediatamente enmudecer conscientes de la total indefensión médica en que se encontraban ante la Calamidad.

Uno de los aspectos más tristes de estos malos momentos fue el éxodo que provocó la epidemia en la capital, los que podían que podían no se quedaban en la ciudad esperando a que la muerte llamase a su puerta. La mayoría de los concejales del ayuntamiento murciano fueron los primeros en huir, abandonando su obligación y deber moral de permanecer en sus puestos organizando la asistencia a los afectados. Así el 20 de octubre se recoge en las actas capitulares: «*Sobre el número de concejales que han emigrado por causa del cólera: D. Restituto Sandoval, D. José Esbrí Manresa, D. Jesualdo Salvau y D. Juan de Dios Martínez, que respectivamente ejercían los cargos de 2º, 3º, 4º y 5º alcaldes y regidores, D. Pedro Pelluz, D. Francisco Quer, D. Juan Clemencín, D. Gerónimo Poveda, D. Antonio M. Godnier, D. Juan Manuel Moreno Quegles, D. Juan López Romero, D. José M. Serrano, D. Francisco Yllán Sánchez, D. Salvador Cachia, D. Ramón García Arce, D. Zacarías Pérez Díaz, D. José Ramos, D. José Jiménez Delgado, D. Pedro Parra, D. Fabián Navarro y D. Fulgencio Meseguer, pues aunque también están ausentes D. Francisco de Paula Álvarez, D. Salvador Lacárcel y D. Manuel Stanco Ruiz, el 1º se marchó hace tres meses por encontrarse enfermo, el 2º no llegó a tomar posesión, y el tercero verificó su ausencia el 22 de agosto*»<sup>16</sup>. Nada menos que 27 de 34 representantes del consistorio murciano. Pero no sólo ellos sino otros muchos empleados municipales, hasta tal punto que el 14 de octubre, el ayuntamiento acordó que todo empleado y dependiente de la municipalidad que durante las presentes circunstancias se ausentase de la ciudad, abandonando su destino, se entendía que lo renunciaba y en consecuencia se declararía vacante y se procedería inmediatamente a su provisión<sup>17</sup>. Este abandono de los murcianos a su suerte provocó la más enfurecida rabia y desprecio en Monassot, reflejada en un bando del 31 de octubre donde se denuncia esta actuación irresponsable y por el contrario se hace relación de aquellos «buenos patricios» murcianos que con todo desprendimiento y riesgo de sus vidas han decidido quedarse en la ciudad y sustituir en el ayuntamiento a los huidos. Los murcianos, dentro de su desgracia, tienes quien trabaje por ellos.

La ciudad olvidada por un Dios colérico sufre los problemas del desabastecimiento, sobre todo de pan y de todo tipo de productos de primera necesidad que agrava aún más la epidemia. Difícil situación que no se puede superar ni con las muestras de solidaridad mostradas por otras ciudades como Cartagena, aparentemente con afectada por la epidemia, que dona 2.550 reales, sobre 10.140 ya entregados.

A finales de noviembre parece que la Calamidad remite, conforme llega el invierno, y llega el momento de, al mismo tiempo que se siguen enterrando las víctimas del cólera, ensalzar y reconocer a todos aquellos que tuvieron una actuación ejemplar durante los terribles momentos pasados. Murcia se toma un respiro y por lo que podemos conocer a partir de las actas capitulares, la ciudad parece volver a la normalidad; en las sesiones del ayuntamiento se discuten las más variopintas y cotidianas cuestiones vecinales: acequias, construcciones, teatro; pero también con recuerdos para la epidemia, como la solicitud de nodrizas para atender a los niños que han quedado huérfanos por el cólera. En realidad, esta aparente calma es la que precede a la tempestad. Todo vuelve a empezar.

Al llegar la primavera de 1855 se editan en los periódicos las primeras advertencias preventivas, en *El liberal*, un artículo titulado «*Consejo al pueblo: cuando el remedio está indicado el peligro está en la tardanza*» donde se reconoce que al no haberse descubierto ningún medio preventivo especial contra la epidemia «*es cierto, ciertísimo que la observancia de los preceptos higiénicos han salvado a más que ha sacrificado el abuso de ellos*»<sup>18</sup>.

16 A.M.M.A.C. 20 de octubre 1854.

17 A.M.M.A.C. 31 de julio 1855.

18 *El liberal murciano*, 26 de abril de 1854.

Monassot vuelve a centrar su atención en los más necesitados: «... la desconsolada situación en que se encuentra esta capital y la apremiante necesidad de proporcionar por cuantos medios estén al alcance de la municipalidad la subsistencia de las clases menesterosas y desvalidas que van a quedar reducidas a la más espantosa miseria y abandono por la migración casi absoluta de las familias acomodadas de esta ciudad y como consecuencia natural quedarán cerrados la mayor parte de los talleres y paralizadas todas las obras y el ayuntamiento profundamente conmovido»<sup>19</sup>. Acordó, como había hecho en el 42, invitar al vecindario a una suscripción voluntaria apelando a su patriotismo y humanidad «cuya cantidad le será devuelta si afortunadamente no fuera invadida esta capital de la enfermedad reinante». De nuevo la misma esperanza del verano pasado. Se vuelve a convocar a los mayores contribuyentes para que aporten la donación: la mayoría ya han huido.

El primero de agosto de 1855 la Calamidad vuelve a reinar en Murcia. Se suspende la Feria y se cierran las escuelas. Se vuelve a producir el éxodo de población y empleados del ayuntamiento y de nuevo hay quienes voluntariamente se ofrecen a sustituirles, «en beneficio de la humanidad y del orden público en las azarosas y crílicas circunstancias por que atraviesa esta capital»<sup>20</sup>. El propio Monassot aporta 2.000 reales a la suscripción familiar abierta para aliviar en lo posible la situación de la clase obrera y menesterosa de los enfermos<sup>21</sup>. En agosto los periódicos murcianos llenan sus páginas con noticias sobre el cólera hasta parecer auténticas monografías sobre el tema. Vuelven las recetas milagrosas: «Tratamiento, sustancia de arroz quemada con adición de 6 u 8 gotas de láudano en cada tacita; cocimiento blanco, alternando con la sustancia de 2 en 2 horas: labativas laudanizadas de 4 en 4 horas. Se administrará de hora en hora una cucharada de la siguiente mixtura anodina; eter sulfúrico (4 dracmas), aceite de coste (42 id.), láudano líquido de Sid (40 gotas), jarabe de Diacodión (4 onzas), agua de menta (3 id.)»<sup>22</sup>. Se recoge también en la prensa y bandos municipales, con instrucciones precisas para su aplicación, del mismo Monassot, los maravillosos efectos producidos para la aplicación del cólera de los maestrancos, que no son otra cosa que la menta silvestre<sup>23</sup>. Menta contra el cólera ¡la imaginación al poder! Con el nivel de conocimiento médico de la época sobrevivir a las epidemias era casi cuestión de suerte, estaban completamente a su merced.

Pero afortunadamente no hay mal que cien años dure, y ya sea gracias a los maestrancos, la Providencia Divina o más bien por la extinción de este ciclo epidémico, *El liberal murciano* del 15 de septiembre aparece con el titular: «Se fue el cólera de Murcia (...) Hace algunos días que no hay nuevos casos de cólera. Los enfermos que habitan en el hospital han sido dados de alta». A pesar de que ha desaparecido la funesta Calamidad se sigue recordando la necesidad absoluta de adoptar medidas convenientes para evitar su reproducción.

A modo de conclusión, considero que la epidemia de cólera fue el gran obstáculo que dificultó el éxito de la administración progresista en Murcia durante el Bienio. La epidemia sólo tuvo dos grandes momentos de especial virulencia, en el otoño de 1854 y el verano del 55, pero en esos momentos el pulso de la ciudad, y el político, se paralizan, vemos actos de cobardía en algunos y actuaciones ejemplares en otros de las que debemos tomar buena nota. Vemos por encima de todo una población indefensa ante el cólera: la indefensión que provoca el desconocimiento y la ignorancia.

19 A.M.M.A.C. 31 de julio de 1855.

20 A.M.M.A.C. 4 de agosto de 1855.

21 *El liberal murciano*, 9 de agosto de 1855.

22 *El liberal murciano*, 19 de agosto de 1855.

23 A.M.M. leg. 1569. *Bandos de José Monassot*.